

LA BATALLA DE CALIBIO

BENJAMIN LATORRE CH.

Memorias de una acción de la Guerra de los Mil Días



En el final del pasado octubre se cumplieron 62 años de ocurrido uno de los combates más importantes en el Sur de la Patria, durante nuestra última guerra civil, desarrollado en los contornos de la muy ilustre ciudad de Popayán. Gobernaba el Cauca en aquella época el Dr. Luis E. Bonilla. En efecto, habiendo logrado un mes antes las fuerzas revolucionarias ocupar la ciudad de Neiva, como resultado del triunfo obtenido en el cercano paraje de "Perico", sobre un aguerrido jefe gobiernista de apellido Muñoz (alias El Indio), quien allí cayó prisionero, los jefes vencedores se hallaron en seguida en muy difícil situación, pues alarmado el presidente por esos graves descalabros, se apresuró a hacer trasladar numerosas y equipadísimas tropas de Girardot y otros lugares hacia el sur, a fin de recuperar tan importante plaza. Para la Revolución se hizo imposible sostenerse allí, y por estudio del terreno y hábil espionaje se vió que resultaba muy aventurado forzar un movimiento de regreso hacia los puertos de Natagaima y Purificación. Había además por otro lado la hostilísima ciudad de Garzón. Para evitar el inminente encierre, se impuso pues la invasión del Cauca por la región de La Plata, intentando conexión con pequeñas guerrillas hermanas, dizque por allí existentes. Y la delicada maniobra prin-

cipió a realizarse. Surgió entonces un atrevido y ambicioso proyecto. La posesión de Popayán. Que de lograrlo habría sido contra atacada eficazmente por los veteranos batallones acantonados en Cali y aún por los apasionados pastusos, resultando así más atezados que en Neiva. Acaso hubiera sido mejor indicada en nuestra situación, la guerra de guerrillas. No muy distante parece que se hallaba, recién llegado, el audaz y famoso general Avelino Rosas, aprestigiado ya en Cuba por sus ardientes proezas contra el dominio español, y sacrificado el año siguiente en la frontera ecuatoriana.

Hasta llegar a la población de Silvia, una vez transmontado el páramo de "Las Delicias", nuestro pequeño ejército fue incesantemente acediado en todo su recorrido por las guarniciones de Carnicerías y Paicol. En este hubo seria resistencia, protegida por los sólidos muros de un puente de forzoso paso para nuestras tropas. Pero más costoso el avance y casi indefenso lo fue en la sombría angostura de "Los Cuchos" cerca de Piendamó, propicia para la emboscada. Por allí sucumbieron entre muchos otros, el gallardo Intendente Gral. Dr. Domingo Liévano, el Coronel Aurelio Martínez y un Dr. M. Convers.

De Silvia en adelante el despliegue y marcha se verificaron con la mayor

cautela y el servicio de espionaje se intensificó. Pero el ambiente era adverso y casi todos los mensajeros se dejaban capturar. Los presuntos comilitones no aparecían por parte alguna. Los últimos boletines, debidamente acomodados en su redacción por si llegaban a ser interceptados, fueron confiados a mujeres que, sinceras o no, se manifestaban plenas de entusiasmo.

Poco antes del amanecer de aquel trágico día de octubre, nuestra vanguardia se lanzó, en medio de la niebla, ilusionada, decidida e imprudentemente, entre otras cosas por lo extraño del terreno, al ataque de las bien fortificadas líneas del Jefe Civil y Militar respectivo, Gral. Bonilla. Con el típico grito de guerra usado en nuestros campamentos de "adentro muchachos que el triunfo es nuestro", tan impulsivo como tácticamente incierto, se inició y fue desarrollándose la lucha durante la mañana, desde luego con explicables alternativas. Esta primera parte del combate se recrudeció ya con la total luz solar, en el frente central. El entusiasmo caballeresco era inmenso. No pocos oficiales al emular en el avance, coreaban invitaciones para próximo banquete, y aún baile en Pcpayán, festejador de la victoria. Y de pronto alguno se derrumbaba fatalmente de su cabalgadura. Por el ala derecha, al encabezar una arremetida el entonces Coronel Honorato Barriga, de sangre procera, cayó abatido por grave herida muy cerca del corazón. Pocos años después su amigo Enrique Lleras, registró ciertos detalles de tal suceso, en el siguiente canto, publicado en esta capital:

"Por su fé, por su patria y su derecho,
de su constante batallar testigo,
la imagen de la amada sobre el pecho
llevaba el luchador siempre consigo.
Ella le daba aliento en los reveses,

consuelo en su dolor y en sus tristes,
y le inspiró a su corazón mil veces
anhelos de titánicas proezas.

Mas del plomo homicida el golpe un día
fue a asestarse en el ínclito guerrero;
se interpuso la imagen a porfía
y en el pecho también la hirió certero.

¡Singular accidente! El simboliza
la abnegación que a la mujer redime.
Pasión que el heroísmo diviniza,
cuánto puedes amor, amor sublime.
Ella, lo sé, la amante inspiradora,
de aquella imagen reclamara el puesto,
y ante el plomo homicida sin demo-
ra
entre su amante y él se habría inter-
puesto".

Por el flanco izquierdo cayó a medio día, herido mortalmente en la garganta, el 2º Jefe de nuestro batallón, Mayor Manuel Peña, junto con unos veinte compañeros, en el esfuerzo de contrarrestar un movimiento envolvente del enemigo. También él, al parecer caballero bogotano, había invitado jubilosamente momentos antes, a la entrada civilizada y triunfal a Pcpayán. En el frente central fueron heridos ya por la tarde, aunque no de gravedad, el Tte. Coronel Enrique Cacedo y su ayudante. Horas antes habían perecido, por el destrozo de un solo proyectil, pues actuaban en la misma cabalgadura, por haber perdido la suya uno de ellos, los Mayores Abundio Cuenca y Ramón Borrero, oriundos de Purificación. Entre las dos y las cuatro de la tarde, en el violento empeño de dominar el puente sobre el Río Blanco, hubo más de un centenar de víctimas. Aquella, o mejor ésta tan como discutida posición, era casi el asomo a las primeras calles de la codiciada plaza.

Ya en las últimas horas del aciago

día, se acentuó nuestro descalabro, y la noche facilitó el escape de unos trescientos derrotados hacia el Sur, comarca saturada todavía de Fernando VII, y que desconocíamos del todo, pero guiados por el intrépido General Bustamante y su 2º, el sereno Coronel Rafael Santos V., posterior Comandante del famoso barco de guerra en Panamá, Almirante Padilla. El General José Joaquín Caicedo, padre de nuestro ex-canciller quien —olvidaba— era el Jefe de tal expedición invasora y su E. Mayor restante, con el General Nicolás Buendía Carreño, se desbandaron en otras direcciones hacia el Tolima. Por allí fueron en su mayor parte capturados, en los límites de aquel lacerado, acogedor y heroico departamento.

Perseguidos naturalmente sin tregua, escapamos por Coconuco, Polindara, Paletará y otros poblados hasta llegar a Paispamba. Después, casi exámenes, logramos trepar a las alturas de Sotará. En uno de aquellos lugares un grupo de soldados, en triste desaliento, resolvió la desertión y posible regreso. Enterado del caso el General Bustamante, no manifestó desagrado e interrogó con aparente calma a los descontentos. Luego los hizo formar y autorizó a quienes estuvieran decididos al abandono de sus filas a dar un paso adelante. Tras alguna vacilación, unos diez resolvieron avanzar. Entonces el General ordenó a los restantes aplicarles el temible castigo de la diana, es decir, cien o más latigazos en cierta parte posterior del cuerpo colmada de tejidos adiposos, utilizando ramas delgadas de arbustos, y al son del toque respectivo de cornetas, que suele ahogar los naturales gritos de la víctima. Recurso cruel sin duda, al cual apelaban en todas nuestras guerras, con más o menos excusa, los jefes de ambos bandos. Aterrados los presuntos desertores, pidieron perdón

al Gral. prometiendo no desfallecer en adelante, a lo cual el jefe —que gustaba de aparecer más riguroso de lo que en verdad era— resolvió acceder, en consideración al mayor quebranto también en que resultarían para escapar del vencedor. Por último, muy adelante, nos dimos cuenta de algo como una hosca boca negra en cierta estribación de enorme bloque montañoso, y alguien indicó el supremo y único recurso: **internarnos por allí, hacia el Occidente.** Toda nuestra provisión comestible eran algunas panelas y unos pocos plátanos. Pero no cabía vacilación, ni amago siquiera de lucha, sino sacrificio estéril. Y fuimos penetrando en la selva inhóspita. Los sables conservados se trocaron en herramienta para abrirnos paso, en busca del remoto océano Pacífico. Cesante así la persecución, solamente habría pugna con la naturaleza. En aquellas soledades hallamos, con relativa frucción, vertientes misericordiosas y frescas.

Cuando un rato después llegaron a dicho negro boquete andino las primeras tropas oficiales —contaba más tarde un avezado militar en retiro, cuando la presidencia del General Rafael Reyes, actuante que había sido en aquellos hechos de armas— que sus jefes, al contemplar la tremenda tronera que nos había acogido, exclamaron, algunos desconcertados y otros satisfechos, “ahora sí se los tragó la tierra”. Al cabo de dos semanas de abrirnos paso en la tropical maraña, resultamos en las márgenes del río Micay, pero en sitios tan abruptos, que no era utilizable su corriente. Fue indispensable continuar tal viacrucis por cerca de la ribera izquierda, durante otros días hasta donde parecía abordable y cazar escurridizos nativos suavemente, para hacernos conducir en frágiles canoas hasta la desembocadura en el mar. Habíamos tenido sí el mayor dolor al ver sucumbir en el terrible recorrido, co-

mo a la cuarta parte de nuestros compañeros, que no alcanzaron a resistir los rigores descritos, o que maligno paludismo y viruela, desde luego sin el ansiado control, los fueron extinguiendo, pues era absoluta la imposibilidad de auxilio. Y esos mártires veían revolotear ya, ululantes, sobre sus cuerpos inermes las trágicas aves de rapiña. Años después, para la construcción por allí de una vía civilizadora, sirvieron de orientación en parte y derrotero definitivo las muestras intermitentes y el blanquear de los huesos de aquellos abnegados combatientes.

Y, al cumplirse casi un mes de tan tremenda situación, surgió algo como un destello, colombianamente digno, para coronar aquella odisea, episodio singular éste, confirmado años más tarde en varias ocasiones, ante propios y adversarios, por nuestro Gral. Bustamante, en Girardot. Un joven soldado, Casimiro Tique, oriundo de Ortega (T.), decidió, casi eufórico, manifestó e insistió ante sus jefes, entre un grupo de compañeros de los más tambaleantes desnutridos, que se sirvieran de sus carnes como sustento aliviador

para salvar de la inanición total a cualquiera una parte de sus comilitones. Su actitud era firme, serena. Desde luego causó admiración tan heroico gesto, y no fue aceptado el sacrificio, lo cual pareció contrariarle. Y continuó en silencio el impresionante desfile. Por fortuna los animales feroces por protección celeste, nos respetaron, pues apenas a lo lejos se escuchaban rugidos, que interpretábamos a manera de extrañeza por los numerosos intrusos en sus salvajes dominios.

Y el río Micay seguía golpeando sus rocas en caídas espumosas, pero no prestaba todavía su lomo a nuestros cuerpos. Era una incesante tentación. Casi se prefería aventurarse a perecer en sus caudalosas y estrepitosas corrientes, que lentamente en la selva impasible.

Por último, los sobrevivientes esqueléticos, soñadores derrotados poco antes en los contornos de la nobilísima Popayán, tras nuevas vicisitudes, tuvieron luego la fortuna de tomar parte, en Panamá, en el ejército del invicto e inolvidable General Benjamín Herrera y sus dignos tenientes Lucas Caballero y Bustamante, hasta el famoso Tratado del "Wisconsin".